

A close-up portrait of Carlos Penelas, an elderly man with grey hair, looking slightly to the left. He is wearing a dark turtleneck sweater. The background is a blurred outdoor setting with trees and a path.

Poemas de
un poeta hijo de
gallegos

CARLOS PENELAS*

Como un dolor la sirena del puerto. Y el tumulto en el río de los desaparecidos en reflejo ascendente. (Amigos, ella viene de mayo, de proclamas.) Y el temblor del alma bilingüe con su andar fugitivo, solitario. Después, manifestaciones y fatiga. Una mutación oye el saludo, noches que acarician ausencia, voces lastimadas, ahogándose.

Y la pobreza penetrando arrabales en un destierro de tristeza y desencanto. Desnuda, la amada separa las ardeduras de mis labios.

(De *Viajero con una soledad*, Bs. As. 2009)

* **Carlos Penelas** nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en 1946. Es poeta, escritor y conferencista. Publicó más de veinte libros de poesía y prosa, entre los cuales se pueden destacar *Poemas del amor sin muros* (1970), *La gaviota blindada y otros poemas* (1975), *Conversaciones con Luis Franco* (1978), *Los dones furtivos* (1980), *Finisterre* (1985), *Queimada* (1990), *El corazón del bosque* (1992), *El mirador de Espenuca* (1995), *Guiomar / Cantiga* (1996), *Los gallegos anarquistas en la Argentina* (1996), *Valses poéticos* (1999), *Desobediencia de la aurora* (2000), *Elogio a la rosa de Berceo* (2002), *Diario interior de René Favaloro* (2003), *El aire y la hierba* (2004), *Crónicas del desorden* (2006), *Romancero de la melancolía* (2007), *Viajero con una soledad* (2009)

Una extensa obra poética –saludada por Luis Franco, Raúl González Tuñón, Ricardo Molinari, Juan L. Ortiz, Elvio Romero, Osvaldo Bayer, David Viñas, Eduardo Blanco Amor, Héctor Ciocchini, Xesús Alonso Montero, entre otros– revela el devenir creador de Carlos Penelas, probablemente una de las voces más serias de la generación del '70. La crítica ha advertido una preocupación raigal por adentrarse en los símbolos expresivos y en las estructuras modernas, conciliando el peso y la medida de su lirismo.

Madrigal del huésped distraído

A mi lado el amanecer y el sueño.
La curva de su pubis, a mi lado.
Y la desmemoria en el clamor del silencio.
Así vienen los juncos, el río, la solitaria patria entre nieblas y arenas.
Nadie sabe hasta dónde llega el viento, la soledad, los cabellos
melancólicos del día.
Nadie sabe. Ni de la inmovilidad o del atardecer que abre olvidos y
naufragios.
¿Qué fue de vos, amada? ¿Qué fueron de ustedes, amigos?
Padre, ¿qué del amparo, de las historias replegadas?
Madre, ¿desde cuál jardín amas la hoja del mirto?
¿Dónde arrojaron la transparencia, hermanos perezosos?
¿Dónde el cielo con tanta soledad y huella e izamiento?
Decid, ahora, quién es el citarista,
quién el hombre que sueña en voces enaltecidas,
siempre desnudo en esta ausencia, en esta orilla,
en este espejo sosegado que nos mira.
Los ojos, tras los días, cambia el reino de la infancia.
Vuelve, a veces, por mi en esta vanidad que despierta la memoria.
Entonces, a veces pienso que estoy muerto,
que todo es un río de sutiles penumbras,
de insurrecciones, de destierros inútiles.
Preguntas, hastío y labios enterrando laudes.
¿Por qué son insomnes estas rosas?
Y éste viento extranjero, ¿por qué sacude
melancolía en pastizales o en pesebres cimarrones?
¡Ah! Los hijos sin sumisión nos aman con sus brazos abiertos.
Ahora, entre las manos, ella me dice del aliento del cosmos,
recuerda aldeas, ofrendas, lejanías lluviosas.
A mi lado la vastedad del arrabal como leyenda,
sobre el suspirante murmullo de las olas.
Nadie sabe hasta dónde llega el viento.

Casida de una tarde en el parque

Nadie regresa a la espaciosa y abandonada soledad
ni la palabra evocará la noche con los ojos abiertos.
En el parque dirán al ver sus sombras
que la tarde excede la monótona rosa
o que el verdor antiguo de los cedros
no logró cubrir su luz y su ternura.
Días perdidos, transparentes,
bajo las ramas de los jacarandaes.
Desde el aire dirán la nostalgia, la impaciencia
de la muerte que habitará el vacío.
Una calle del sur y el resplandor último
como un ciprés olvidado.
Y tú allí, en el vagar disperso de las nubes
imposible y callada,
morada ansiosa, levísima,
cuando la mirada es un dormir deshabitado
en la vigilia que desnuda pudor.
Tal vez alguien pregunte, ¿cómo fue?
Y el desgano desapacible acompañe el lecho,
unicornios cautivos por el rumor del mar.
Irán desdeñosos empujando la hierba
recogiendo la ceguedad del amor,
el desnudo y encendido ensueño de la nostalgia
que crece en la morada como un destello.
Se mece la noche
mojándome los ojos distraídos.

Padre

Padre, ahora que necesito de tu voz
has partido. Sólo desconcierto indolente.
La amada me pide que te busque.
Me dice que la ausencia desvela al corazón perdido.
Dejaste la bruma,
la soledad que cuida su secreto,
el verso de amor y de experiencia.
Un consuelo que transita dormido
y ciñe el gozo en el orden de los días.
¿Qué hago, padre, ahora
que tienes la cabeza reclinada,
oculta en una barca fenicia,
inmemorial,
entre tanta hipocresía y palabras inútiles?

Exilio

Como aquel que atento a la lucidez
buscó su soledad,
la percepción del límite,
la noche traza su frontera.
Inacabable penetra el recuerdo,
amanece y distrae mi aliento.
Así se encuentra el extravío.
La quilla sobre la amargura
de la usurpación.
Entonces alcanzo a comprender
que no nos salva el amor ni la esperanza.

La amada

¿Quién mueve en nosotros
mitos altivos, espléndidos,
o éstos muslos que surcan oleajes
y dioses precarios? ¿Quién se desliza
en la lubricidad del mar?
¿Cuál es el nombre de la rosa inagotable?
¿De dónde ésta pasión
que es ansiedad y aladares sueltos
sobre la incertidumbre del asombro?
Y estas orillas ¿de qué anverso nacen?

En la somnolencia del tacto
arden tempestad y secreto.

El caballero del bosque

Al borde de la nube el hada del bosque
se ha sentado a respirar.
Respira el silencio,
la luz indecible que se desprende del follaje,
un violeta sombroso que musita su aroma.
Apoya la mano en mi pecho,
desborda ocio.
Soy Lancelote que busca en el lago
desencanto y amor y claridad mojada.
Llevo el fuego, la sombra del círculo.
La noche avanza sobre su imagen
cimbrante, alzada, esmorecida.
Cierro los ojos y el corazón desvaría.
El hada, desde una nube rojiza.

La novia de Espenuca

Siento en vos,
hembra atada a la niebla
en estas horas de ramajes y plazas,
mientras los días rememoran el vaho de la aldea
el combate de la lluvia,
la incertidumbre de la noche
en tus senos.
Bella desconocida
balanceas el cuerpo sonriente
húmeda de verano y muda ausencia.
Lengua sagrada que recoge mi miembro
pronunciando palabras oraculares.
Detenida, ¡oh, cielos! entre mis piernas.
Cansada de eternidad, perdida.

Cielo de Betanzos

De cristal, la palabra.
En el silencio ordena mi abismo
una lejanía dispersa
que da nombre a tumbas del exilio.
Ahí las estrellas y la alondra.
Y el borde de símbolos inmemorables
buscando jabalíes sobre la tierra.
La carne recuerda, entonces,
un reino de fantasmas,
el cansancio de plegarias absurdas;
el huir de la noche y la oquedad.
Estoy sentado en un banco de piedra.
Y miro.

Buenos Aires, febrero de 2010

Encuentro

Hoy has venido a verme, madre.
Estaba leyendo cuando te sentaste
-decorosa, nobleza de desvelo-
en el antiguo sillón de roble.
Me pediste repetir aquella historia;
en mi niñez solía hacerte sonreír.
La urdí como sólo puede hacerlo un hombre
que ha dejado de creer en ciertas profecías,
cuando la piedad expulsó de fantasmas su reino.
Te dije, además, que a veces
durante la nostalgia de la tarde,
en el torrente de las sombras,
evocaba tu muerte como una lejanía.
Y también dije que lo peor
no era ese hilo sutil de la memoria
ni el desvelo del muro,
ni la eternidad o la debilidad del alma.
Lo peor, lo peor... madre,
(recuerdo que lo confesé balbuceando)
era que no podías pensar más en mi,
ahora era imposible tu vigilia.
Luego, acomodaste tu mantilla
y tus ojos se abismaron en los míos.

Buenos Aires, enero de 2010

Elegía

... en la oscura, desierta y dura tierra.

Garcilaso de la Vega

Sin ellos el mundo está sin límite.
Desde cada lugar solitario, los miro.
Los evoco sin fatiga, en terca plenitud.
En ellos la sombra que protegió mi infancia,
la esplendente libertad y el fulgor.
Madre cruzando bandadas de pájaros,
volando junto a nubes, deslizante.
El hálito mágico del padre
repartiendo dones, regresando en partidas.
Permanezco continuo
como una mano tangible.
Me descubro colmando la mar
y la certeza del pecho.
Así son los dioses terrenales;
vuelan en las entrenoche, sorprendivos.
En este sendero de ondas y alboradas
aprimonian la luz, el aire, los talones.
Vitales renacemos en sus voces.
Inseparables, desvelados, impávidos de cielo.

Buenos Aires, 30 de diciembre de 2009

El banco

Miro el banco de la cocina. En este banco se sentaba mi padre. Lo descubrí muchas veces por la mañana, en silencio. Fumaba su cigarrillo negro y observaba los canarios. Tomaba mate amargo; un hábito de El Bolsón y de la soledad. Cuando me despertaba hacía tiempo que ya estaba allí. En silencio, conversando, con sus fantasmas. Seguramente tenía imágenes de la procesión das Xás, de los nuberos, de los trasnos. Al verme se le iluminaban los ojos, dejaba la presencia de dioses paganos, el olvido, el insondable mar, la Cordillera de los Andes. Ahora me doy cuenta de ello. Recién ahora, cuando descubro el banco en el mismo lugar donde él se sentaba. Pasaron más de treinta años. Más. ¿Por qué hoy?, me pregunto. ¿Por qué? Entonces me citaba a Cervantes o a Shakespeare. A veces me preguntaba si quería almorzar unas lentejas o si el domingo veíamos a los diablos rojos, en la visera. El banco está allí. De pie lo miro. Me parece escuchar una oración que no comprendo, fascinado por la menguada copa del alba y de la noche. Un apretado canto o himno surge de alguna parte. No sé si lo que evoco es real, si todo es sólo un viaje onírico. Si este hombre que está de pie, casado, con hijos, que regresó al principado de Espenuca, que escribe poemas, no huye del abismo, de la maledicencia y la congoja. A veces se queda ensimismado, como aquella perra fiel que miraba sus ojos.

Buenos Aires, diciembre de 2009

A Susana Rinaldi

Una voz que descifra la noche y la luz.
Descifra infancia y callejón y sur.
Y una sombra sobre el amanecer.
Una historia secreta, un murmullo.
Y el furor, la sangre, la palabra.
Ella dice lo que nadie puede.
Ella está aquí, tocándonos sensible.
Es la piel, el suburbio, la emoción.
Y el tacto, el recuerdo fabril.
Una leyenda,
En ella la soledad es una hembra viajera.
Vigila la esperanza, el empedrado, el cielo.
Yo la escuché. Eso no se olvida.
Como la muerte o como la vida
es una hondura en el alma.
Rebela llanto y alegría.
Yo la escuché. No miento.

A Susana Rinaldi

Unha voz que descifra a noite i a luz.
Descifra nenez e corredoira e sur.
I unha sombra sobor do amencer.
Unha segreda historia, un murmurio.
I a xenreira, o sangue, a verba.
Ela di o que ninguén pode dicir.
Ela está eiquí, preméndonos sensíbel.
É a pel, o arrabalde, a emoción.
I o preme, a obradoira lembranza.
Unha lenda,
Nela a soidade é unha fembra viaxeira.
Enxerga a esperanza, o adoquinado, o ceo.
Eu escoiteina. Iso non se esquece.
Coma a morte ou coma a vida
é unha fondura na ialma.
Rebela pranto e ledicia.
Eu escoiteina. Non minto, non.

Amo los viejos muebles

Amo los viejos muebles,
las manos antiguas que identifican
la intimidad del hogar.
Junto a la lámpara que descubre el poema
los dioses soplan y consuelan mi espíritu.
Una mujer me guía, me acompaña.
Los recupera del tiempo, los protege,
descubre el alma que habita la belleza.
Crea sitios mágicos en esta constelación
de libros, retratos y talismanes únicos.
Hay una liturgia, sutiles ritos.
Como una cripta en la iniciación
este sillón trasciende mi destino.

De "Elogio a la rosa de Berceo" (2002)

Trasveo en tus ojos

Trasveo en tus ojos. Tu mirar
regresa recogiendo el estío.
Una melancolía celta
consumida en el alma.
Así te gozo. Sin que sepas
del mundo,
del trasamor vencido
por donde entremiro impávido.
Te descubro distante.
Imagino entre noches
el hechizo que aventa
los cabellos. Esencia errátil
tu mirar. Húmeda, oculta.
Te escapas de mis brazos.
Cedida.

De "Guiomar / Cantiga" (1996)

Los relojes

Recién ahora son visibles los relojes,
las flores azules de la fatalidad,
la demencia. La ferocidad del odio,
el abismo. Tarde descubrimos
lo absurdo del ensueño,
las cartas de amor, el abandono
de una alcoba alucinada.
Y la furtiva presencia del mar
en las estrellas.

Buenos Aires, abril de 2008